

aquellas fuerzas marchaban á la línea de batalla que había yo determinado, y que verá usted marcada en el croquis adjunto.

»A las diez de la mañana se avistó el enemigo, y después del tiempo muy preciso para acampar, desprendió sus columnas de ataque, una hacia el cerro de Guadalupe, compuesta como de cuatro mil hombres con dos baterías, y otra pequeña de mil, amagando nuestro frente. Este ataque, que no había previsto, aunque conocía la audacia del ejército francés, me hizo cambiar mi plan de maniobras y formar el de defensa, mandando en consecuencia que la brigada de Berriozábal á paso veloz, reforzara á Loreto y Guadalupe, y que el cuerpo de carabineros á caballo, fuera á ocupar la izquierda de aquéllos para que cargara en momento oportuno.

»El C. general Díaz con dos cuerpos de su brigada, una de la de Lamadrid con dos piezas de batalla y el resto de la de Alvarez, contuvieron y rechazaron á la columna enemiga, que también con arrojo marchaba sobre nuestras posiciones: ella se replegó hacia la hacienda de San José Rentería, donde también lo habían verificado los rechazados del cerro, que ya de nuevo organizados se preparaban únicamente á defenderse, pues hasta habían claraboyado las fincas; pero yo no podía atacarlos, porque derrotados como estaban, tenían más fuerza numérica que la mía: por tanto, mandé hacer alto al ciudadano general Díaz, que con empeño y bizarría los siguió; yo me limité á conservar una posición amenazante.

»Ambas fuerzas beligerantes estuvieron á la vista hasta las siete de la noche, que emprendieron los contrarios su retirada á su campamento de la hacienda de los Alamos, verificándolo poco después la nuestra á su línea.

»Las armas nacionales, C. ministro, se han cubierto de gloria, y por ello felicito al primer magistrado de la República, por el digno conducto de usted, en el concepto de que puede afirmar con orgullo, que ni un solo momento volvió la espal-

da al enemigo el ejército mejicano, durante la larga lucha que sostuvo.

»Al rendir el parte de la gloriosa jornada del día 5 de este mes, adjunto el expediente respectivo en que constan los pormenores y detalles expresados por los jefes que á ella concurrieron.

»Libertad y Reforma. Cuartel general en Puebla, 9 de Mayo de 1862.

»J. ZARAGOZA.

»Señor C. ministro de la Guerra.—México.»

Además de la alta y trascendental importancia de la batalla del 5 de Mayo, hay que poner en evidencia para su mayor relieve, que el ejército distaba mucho de estar bien organizado y sobre todo, carecía de los elementos más indispensables no sólo para hacer frente á tropas, perfectamente disciplinadas sino también, provistas de cuantos recursos precisaban y de las grandes ventajas que en su favor tenían, como amaestradas para la guerra.

Pero caudillos como el valeroso general Zaragoza, activo improvisador de ejércitos, dotado de grandes conocimientos militares y teniendo como poderoso auxiliar, al perseverante y esforzado general Díaz, suplieron en todo las tristes condiciones de aquellas tropas y triunfaron con ellas, transmitiéndoles su fe, su bravura, y la risueña ilusión del triunfo.

Nombrado el general Díaz gobernador y comandante militar del Estado de Veracruz, reveló en aquel cargo cuanto podía esperar el país de sus altas dotes gubernativas, y cuando deseoso de tomar parte más directa en la campaña, pidió y obtuvo volver al ejército, dejó en el Estado recuerdo imprecadero.

El denodado general Zaragoza, había muerto del tífus en Puebla el 8 de Septiembre de 1862, y su sucesor González Ortega, sabiendo que los franceses pensaban de nuevo tomar la ciudad, se propuso defenderla á toda costa.

El 1.º de Abril ocuparon los invasores el fuerte de San Javier, cuando ya habían cerrado la línea de circunvalación y

continuar avanzando á pesar de la encarnizada resistencia de los sitiados; el cuartel de San Marcos fué asaltado, y el indomable arrojo de Porfirio Díaz, hizo retroceder al enemigo después del combate sostenido en el patio de la misma casa que habitaba el caudillo.

Aquella obstinada defensa tuvo episodios dignos de los héroes de Plutarco; combates sangrientos y encarnizados, en los cuales como los heroicos personajes de Homero, se eleva la figura del general Díaz. Allí, donde el peligro era más recio aparecía ante los asombrados franceses: en todas partes estaba con incansable tesón, y siempre alcanzó á contrarrestar los planes de los imperialistas.

En el sitio de Puebla hizo el general Díaz prodigios de bizarra temeridad; fué grande, heroico y temido hasta en la derrota, hasta en la capitulación de la ciudad.

Tales heroísmos le conquistaron el grado y la efectividad de general de brigada.

Falto de víveres y de elementos de guerra, el ejército esperó su suerte, rompiendo sus armas, y el valeroso general Díaz, burló la vigilancia del enemigo y se dirigió á México, después de haber protestado por escrito que jamás olvidaría sus deberes de soldado, y que los cumpliría peleando sin reposo contra los enemigos de su patria.

Es curiosa y notable para la historia la orden para rendir la plaza el día 17 de Mayo de 1863.

#### «ORDEN GENERAL DEL EJERCITO DE ORIENTE

»No pudiendo seguir defendiéndose la guarnición de esta plaza por falta absoluta de víveres, y por haber concluído las existencias de municiones que tenía á extremo de no poder hoy sostener los ataques que probablemente le dará el enemigo á las primeras luces del día según las posiciones y puntos que ocupa y conocimiento que tiene de la situación en que se halla esta plaza: oído además por el señor general en jefe el parecer de muchos de los señores generales que forman parte de este ejército cuya opinión va de absoluta conformidad con el contenido de esta orden, dispone el mismo señor ge-

neral en jefe que para salvar el honor y decoro del ejército de Oriente y de las armas de la República, de las cuatro á las cinco de la mañana de hoy se rompa todo el armamento que ha servido á las divisiones durante la heroica defensa que han hecho de esta plaza y cuyo sacrificio exige la patria de sus buenos hijos, para que dicho armamento no pueda bajo ningún aspecto utilizarlo el ejército invasor.

»A la misma hora el señor comandante de artillería dispondrá que se rompan las piezas de artillería con que está armada esta plaza.

»A la hora citada, esto es de las cuatro á las cinco de la mañana los señores generales que mandan divisiones á cuyo celo y patriotismo queda encomendado el cumplimiento de esta orden, así como los que mandan brigadas disolverán todo el ejército manifestando á los soldados que con tanto valor, abnegación y sufrimientos defendieron esta plaza, que esta medida que se toma porque así lo marcan las leyes de la guerra y de la necesidad no los excluye de seguir prestando sus servicios al suelo en que nacieron, y que por lo mismo el citado señor general en jefe se promete que cuanto antes se presentarán al supremo gobierno para que en torno suyo sigan defendiendo el honor de la bandera mejicana para cuyo efecto se les deja en absoluta libertad y no se les entrega en manos del enemigo.

»Los señores generales, jefes y oficiales y tropa de que se compone este ejército deben estar orgullosos de la defensa que han hecho de esta plaza, y que si ella va á ser ocupada es debido, no al poder de las armas francesas sino á la falta de víveres y municiones como lo demuestra el hecho de que hasta esta hora toda la plaza con sus respectivos fuertes se halla en poder del ejército de Oriente con excepción del fuerte de San Javier y unas cuantas manzanas de una de las orillas de la ciudad.

»A las cinco y media de la mañana se tocará parlamento y se izará una bandera blanca en cada uno de los fuertes, y en cada una de las manzanas y calles que dan frente á las manzanas y calles que ocupa el enemigo, á la misma hora estarán presentes los señores generales, jefes, oficiales y ejército en el atrio de la catedral y palacio de gobierno para ren-

dirse prisioneros: en el concepto que respecto de este punto, el general en jefe no pedirá garantías de ninguna clase para los prisioneros y por lo mismo los señores generales, jefes y oficiales ya citados quedan en absoluta libertad para elegir lo que crean más conveniente á su propio honor de militares y á los deberes que se han contraído para con la Nación.

»Los caudales que existen en la comisaría se repartirán proporcionalmente entre la clase de tropa.

»De orden del general en jefe. Este el cuartel maestro general.

»MENDOZA.

»Es copia que certifico.—J. LOERA, secretario.»

Por entonces decidió el Congreso la marcha del gobierno para el interior por creerlo necesario para su seguridad en aquellas azarosas circunstancias: el general Díaz, cubrió la retaguardia, y con la enérgica actitud que le es característica, evitó que las tropas se desbandaran imponiéndose para mantener el orden y la disciplina.

Desde Querétaro, regresó á Oaxaca, para ejercer el mando en dicho Estado. Los pueblos de los Estados de Chiapas y Tabasco invadidos por los imperialistas, anhelaban sacudir aquel yugo, y el nombre de Porfirio Díaz, fué suficiente como chispa eléctrica, para prestar perseverante energía y prepararse para la resistencia.

El general Díaz, fué en aquella época el alma de la administración de cuatro Estados: Veracruz, Puebla, Oaxaca, y Tlaxcala. Su fecunda imaginación, hacía surgir de la nada elementos para la campaña; mantenía la moralidad más severa; se ocupaba de la organización de la infantería, caballería y artillería, sosteniendo un ejército de cinco mil hombres que había improvisado.

El guerrero, el estadista, el legislador, abarcó con su mirada de águila, las operaciones contra el invasor, y á la vez la administración de los pueblos, los auxilios á Chiapas y Tabasco y el mando de la división de operaciones, alcanzando en situación tan anormal, la independencia de los Estados en su regimen interior.

El 18 de Diciembre de 1864 se encontraban los imperialistas en Etla, es decir á doce millas de Oaxaca.

Al comenzar el año 1865, un gran núcleo de tropas francesas á las órdenes del general Bazaine y del general Courtois d' Hurbal, formaban un círculo formidable en torno de la plaza; los recursos escaseaban y á pesar de que el general Díaz se multiplicó en su acierto y su actividad, no logró evitar la desmoralización; el auxilio de tropas que llegaba de Tehuantepec, se pasó á los contrarios y los heroicos defensores de Oaxaca, tuvieron todo en contra suya.

Porfirio Díaz, se cubrió de gloria en Aguilera y en medio de nutridísimo fuego, asombró por su valor, é hizo milagros de heroísmo, pero la deserción de dos compañías puso el colmo á la ya difícilísima situación puesto que el mariscal Bazaine, había destacado sobre Oaxaca, una columna de diez mil hombres con artillería de sitio, cuando el intrépido general Díaz, sólo contaba con tres mil soldados.

El hacía frente al enemigo en aquellos sitios más peligrosos, hasta el punto, de hacerle observaciones para que mirase por su vida, que era la esperanza de la patria.

La Junta de guerra reunida opinó la rendición casi por unanimidad.

El general en jefe, mandó al campo enemigo al coronel Angulo, y como al llegar la noche no volvía, marchó á presentarse en aquél inmediatamente. «Vengo á rendirme, dijo al general Bazaine, porque no tengo ya elementos para la lucha; soy el único responsable de la guerra y el ejército francés sabe, que los vencidos son desgraciados, pero no criminales.»

Regístranse episodios en la vida del ilustre mandatario de México, que tienen mucho de legendarios y hasta de fantásticos; semeja un guerrero de la Iliada, y sólo faltaría la elocuencia de una pluma homérica, para darle verdadero colorido.

El hecho mismo de presentarse al general Bazaine, en la hacienda de Montoya, sin solicitar armisticio, sin garantías, ni enarbolar bandera de tregua, demuestra toda la valerosa fuerza de voluntad que le acompañó siempre.

El jefe francés, le dijo celebraba renunciase á hacer armas contra su soberano, y entonces con la dignidad y altivez pro-

pia en el guerrero, con riesgo de que allí mismo pudieran fusilarle, respondió: «Nunca he tenido más soberano que el pueblo mejicano, no me adhiero ni reconozco al Imperio, y le soy tan hostil como lo he sido al pie de los cañones; pero la resistencia es imposible y el sacrificio estéril, puesto que no tengo hombres ni armas.»

En aquella entrevista, le acompañaban los coroneles Angulo y Echegaray.

El 9 de Febrero de 1865, capituló la plaza y Porfirio Díaz, prisionero de guerra, fué conducido á Puebla, donde estuvo hasta septiembre de 1865.

Su corazón generoso, y su grandeza de alma no le permitió evadirse por no comprometer al barón Juan S. Chitzmandia, pues aun cuando el jefe era el conde de Thum, éste había salido á campaña por la sierra de Puebla, y el austriaco, sin duda admirando el valor del jefe mejicano, le trató con la mayor cortesía y atenciones, permitiéndole anduviese en libertad por la ciudad, invitándole á su mesa, y hasta concediéndole ir á los toros con él. Tal comportamiento impedía todo conato de fuga que no se efectuó hasta la vuelta del conde de Thum.

La evasión tuvo lugar el 20 de Septiembre después de haber insistido, para que el prisionero firmara la protesta de no combatir contra los imperialistas, y cuya negativa, exasperó más aun al jefe austriaco.

La salida del antiguo convento de la Compañía, cuyos elevados muros y la vigilancia suma hacía por extremo peligrosa, fué llevada á cabo sin otros auxilios que una daga y una rehata que de mencionarse en un capítulo de novela, parecería de esas cosas forjadas por la imaginación novelesca.

Dejaré la descripción de tan atrevida fuga al mismo que la efectuó.

«En la tarde del día 20 de 1865, había añadido yo y envuelto en forma de esfera tres rehatas que me proponía emplear en mi evasión, dejando otra en reserva y una daga perfectamente afilada.

»El teniente coronel Guillermo Palomino, y el y el Mayor Juan de la Luz Enríquez, mis únicos confidentes entre mis compañeros de prisión, invitaron á jugar naipes á todos los

prisioneros la noche en que me evadí, para evitar que anduviesen por los corredores. Después del toque de silencio me fuí á un salón destechado convertido por esta circunstancia en azotehuela. Llevaba conmigo las tres rehatas envueltas en un lienzo; las arrojé á la azotea y con la otra rehata que me quedaba lacé una canal de piedra que me pareció muy fuerte, lo que hice con muchas dificultades porque no podía distinguir bien la citada canal, dado que no había más luz que la de las estrellas de una noche muy oscura. Me cercioré de la resistencia de aquel punto de apoyo y luego subí por la cuerda á la azotea; quité en seguida la cuerda que me había servido para subir y recogí las dos, que había tirado de antemano

»Mi marcha por la azotea para la esquina de San Roque, punto escogido para mi descenso era muy peligrosa porque en la azotea del templo que dominaba todo el convento, había un destacamento y centinelas que tenían por objeto vigilarnos desde las alturas. Toda la azotea está formada por boveditas que corresponden á cada una de las celdas. Deslizándome entre las medias esferas y arrastrándome pecho á tierra, fué como anduve buscando el punto para el descenso. A menudo tenía que suspender mi marcha y explorar al tacto el terreno, porque había sobre las azoteas muchos pedazos pequeños de vidrio que hacían ruido al tocarlos; además eran muy frecuentes los relámpagos á cuya luz podía ser descubierto.

»Llegué por fin á tocar el muro del templo y como allí, no podía verme ya el centinela sino inclinándose mucho, seguí de pie y fuí á asomarme á una gran ventana que daba á la guardia de prevención, con el objeto de ver si había alguna alarma: corrí allí peligro, la ventana cedió abriéndose á un ligero empuje, el piso era muy inclinado y resbaladizo por las frecuentes lluvias, y sin poderlo remediar, resbalé estando á punto de rodar al precipicio.

»Para llegar á la esquina de la calle de San Roque, por donde me había propuesto descender era necesario pasar por una parte del convento que servía de casa al capellán, quien tenía el antecedente de haber denunciado poco antes á los presos políticos que habían hecho una horadación que fué á

dar á su casa, en virtud de cuya denuncia, fueron fusilados al día siguiente.

»Bajé á la azotehuela de la casa del capellán en momentos en que entraba un joven que vivía en ella y que probablemente, venía del teatro, pues estaba alegre y tarareaba una pieza. Esperé á que se metiera en su cuarto, pero á poco salió con una vela encendida y se acercó al lugar donde yo estaba: me escondí para que no me viera á su paso y esperé á que regresara. Cuando consideré que había tiempo para que se hubiese acostado y acaso dormido, ascendí á la azotea del convento por el lado opuesto al que me había servido para bajar, y seguí mi camino hasta la anhelada esquina de San Roque, á donde llegué al fin.

»Hay en ella, una estatua de San Vicente Ferrer, que era la que me proponía usar como apoyo para fijar mi cuerda. El Santo oscilaba al tocarlo, pero tenía acaso una espiga de hierro que lo sostenía. Para mayor seguridad, no fijé la cuerda en él sino en la piedra que le servía de pedestal y que me pareció bien fija.

»Pensé, que si descendía yo de esa esquina para la calle directamente, podía ser visto por algún transeunte en el acto de descolgarme por la cuerda, y por ese motivo, me propuse bajar previamente hacia un lote que estaba solamente cercado. No sabía yo que, allí había un chiquero de cerdos.

»Como al comenzar á descender giraba un poco la cuerda, el roce que sufría yo por la espalda, ocasionó que la daga que llevaba en el cinturón, se saliera de la vaina, cayera sobre los cochinos é hiriera probablemente alguno, porque hicieron mucho ruido y todavía más, cuando me vieron descender entre ellos. Tuve que dejar pasar un rato para que se quietaran. Subí luego á la cerca del lote que daba á la calle y tuve que retroceder violentamente porque en esos momentos pasaba un sereno haciendo su ronda, y examinando las cerraduras de las puertas. Cuando se hubo retirado, después de un rato salté á la calle.»

No sabríamos que admirar más, si la claridad, precisión y sencillez del relato, ó lo poderosamente sensacional de aquella situación, y lo que es más, la serena audacia con que des-

pertó al sereno tocándole en el hombro y diciéndole: «No te duermas.»

—No jefe—contestó el guardian poniéndose en pie; y con aquel alarde de valor, era imposible inspirase sospechas al sereno.

En la peana de San Vicente Ferrer, y con las cuerdas que le sirvieron para la evasión, dejó dos cartas, una para el teniente Schitzmandia, la otra para el conde de Thum. La del segundo es la siguiente:

«Muy señor mío: El teniente Schitzmandia, que tiene una idea justa de mi carácter, supo asegurarme dándome toda la franqueza que le fué posible sin tomarse ni la libertad de exigir mi palabra de honor, que nunca habría comprometido. Con el señor Schitzmandia, sólo tenía la obligación que tácitamente me impuse de no comprometer su responsabilidad, generosa y oficiosamente empeñada en mi favor: nada contraí expresamente al aceptar esa gracia que tampoco solicité, y sin embargo, nunca estuve más afianzado en mi prisión que durante el goce de aquélla; pero usted, que no conoce á los mejicanos, sino por apasionados informes; que cree que entre ellos, no hay sino hombres sin honor y sin corazón, y que para conservarlos no hay otro medio que la custodia y los muros, me ha puesto en absoluta libertad substituyendo con estos ineficaces lazos los muy pesados é indisolubles con que hábilmente el mencionado Schitzmandia, me había reducido á la más incompleta inacción.

»En Papantla y Veracruz, tengo prisioneros del cuerpo, que usted, dignamente manda y á quienes se da el mejor trato posible. Si usted quiere que arreglemos un cange por otros de los míos que aun quedan presos, mande á Papantla, un comisionado, y yo le afirmo que quedará contento del éxito.

»PORFIRIO DIAZ.»

Tal había sido la dureza del conde de Thum, que no sólo le reprendió severamente al teniente Schitzmandia, por su cortés agasajo para con el preso, sino, que le arrestó por haber relajado la prisión, y reforzó de tal modo las ventanas que

ya tenían fuertes rejas de hierro, que los infelices presos, hubieron de usar luz artificial todo el día.

Es fama que el conde Thum, se encolerizó de tal modo al tener la evidencia de la fuga del general Díaz, que apuró todos los medios para que lo buscaran y ofreció mil pesos al que lo capturase muerto ó vivo, y otros mil pesos al que lo entregase

Entre los papeles encontrados en palacio pertenecientes al infortunado Maximiliano, estaban las cartas del general Díaz, dirigida al conde Thum y á Schitzmandia.

El día 1.º de Octubre, derrotó al coronel Bisoso, en Tulanzingo, tomándole armas, caballos, dinero y con más de treinta y cinco prisioneros, y provisto de doscientos fusiles y algunos soldados que le proporcionó el noble general Alvarez, empezó á reorganizar sus fuerzas aumentadas con las que el general Giménez, puso á sus órdenes, y con otras de los coroneles Segura, García, y Cano, componiendo una columna de cuatrocientos hombres, desalojando con ellos á la guarnición austriaca que ocupaba á Tlapa sitio que pensó reservar para cuartel general; venció de nuevo al coronel Bisoso y se ocupó de asuntos administrativos del Estado de Oaxaca.

El general Porfirio Díaz, tuvo que sostener en Pinotepa un combate reñidísimo con las tropas del general Ortega. Con escasas fuerzas de setecientos hombres, sin vestuario y falta de armas, trabó la acción del 3 de Octubre; en ella derrotó al general Oronof, en Miahuatlán, y sabedor de que avanzaba una columna de mil quinientos hombres, fué á su encuentro hasta el sitio llamado «La Carbonera,» derrotando completamente á las tropas austriacas. Empeñóse el combate: imperialistas y liberales pelearon con denodado esfuerzo disputándose la victoria, hasta que ésta otorgó sus favores á Porfirio Díaz y á sus valientes soldados. La infantería austriaca cayó prisionera; setecientas carabinas, artillería, caballos y pertrechos de guerra fueron los hermosos trofeos de «La Carbonera:» de allí voló á Oaxaca el insigne guerrero, renovó el sitio: toda resistencia era inútil y el día 31 de Octubre, capituló la plaza.

En 1.º de Marzo de 1867 concentró sus fuerzas en Huamantla y extractamos una vez más algunos párrafos de su entusiasta proclama.

«El gobierno francés, decía, ha reconocido su impotencia y su ejército al regresar á Europa, dirá al mundo entero, que el monarca austriaco es un imposible en la patria de Morelos y Zaragoza. ¿Creen que lo que no pudieron consumir sesenta mil franceses, ocho mil austriacos, mil seiscientos belgas, y treinta mil extraviados mejicanos por el prestigio y el oro de dos naciones poderosas, sean capaz de llevarlo á cabo la escasa minoría de clericales que sólo buscan su salvación en la ruína de los pueblos?.....»

«Mejicanos: los ciudadanos que se agrupan bajo las banderas del ejército de Oriente, continuarán su marcha con la inquebrantable resolución de que han dado prueba en repetidos combates y en largas y penosas campañas: muy pronto estrecharemos la mano á nuestros hermanos del Norte, de Occidente y del Centro, y con su poderosa cooperación, quedará consolidado el triunfo que no pudiéramos alcanzar por nuestro solo esfuerzo.

«Mejicanos: los que os habéis extraviado, la República es bastante grande y poderosa para ser magnánima; nadie piensa en inundar el suelo con raudales de sangre: el Congreso de la unión y el gobierno supremo, á quienes ha sido delegada la representación nacional, atesoran los más santos deseos para mitigar los rigores de la ley en favor de la generalidad de los desgraciados.»

El día 9 de Marzo, estaba ya el general Díaz, en el Cerro de San Juan y se iniciaba el sitio de Puebla, en donde fué un gigante, un coloso, un genio singular, y un hombre que guerrero y gobernante, descollará en la historia de América, como la figura más culminante en el mando y en la guerra.

Como datos fidedignos, copiamos la reseña de la toma de Puebla y de aquella victoria, hecha por un testigo ocular.

«El ejército de Oriente descendió al valle de Puebla el 7 de Marzo. No había obrado aún el movimiento de concentración que reunió poco después bajo los muros de la ciudad inmor-

talizada por Zaragoza, á una considerable parte de las fuerzas que defendían la Independencia en la parte Oriental de la República. Cuando el general Díaz, se presentó á las puertas de aquella plaza, sus tropas, si mal no recordamos, se aproximaban apenas á tres mil hombres. No fué su idea según es fama, poner un asedio á la ciudad, en vista de la inferioridad numérica de su ejército y de los elementos de guerra: creyó que el enemigo saldría á su encuentro y he aquí porque en la mañana del 8 de Marzo, tendió sus tropas en batalla á la falda del Cerro de San Juan.

»La guarnición imperialista, lejos de aceptar el reto, se encerró dentro de su línea de fortificación; para establecerla y reforzarla se habían aprovechado las lecciones del famoso sitio sostenido contra el ejército francés cuatro años antes. El centro de la ciudad estaba ceñido con una formidable línea de barricadas y baluartes erizados de artillería. Puebla, había sido durante mucho tiempo, una especie de depósito militar para el ejército de la Intervención. Pocos meses antes se había recibido de Europa, una enorme cantidad de pertrechos destinados para los voluntarios austriacos, y los almacenes de la plaza rebosaban literalmente de armas, de municiones y de víveres.

»El jefe del ejército de Oriente, contaba con un número de fuerzas mezquino relativamente á la empresa de cercar la ciudad y de reducirla á un formal asedio. Le faltaba casi toda la artillería, y esto por la sencilla razón de que se había armado con los despojos del enemigo y de que los austriacos, y traidores derrotados en Miahuatlán, y en «La Carbonera» no llevaban artillería de batalla, ni de plaza. Seis pequeñas piezas rayadas, botín recogido en la segunda de aquellas dos victorias, constituían casi todo el material de artillería del ejército que comenzó á sitiar á Puebla, en los primeros días de Marzo. Los defensores de la plaza lo sabían y se consideraban seguros tras de su línea terriblemente artillada.

»El jefe sitiador no vaciló, sin embargo, en comenzar las operaciones, y sus primeras medidas introdujeron algún desconcierto en el enemigo. Con el recuerdo de los rudos ataques que en el sitio de 63, sufrió la parte occidental de la ciudad, se procuró dar por aquel lado un carácter inexpugnable á

las fortificaciones. De improviso, una mañana, vieron los defensores de la plaza, establecidos á los sitiadores á corta distancia sobre un torreón artillado que dominaba la línea de defensa. Era un gran horno de cal. El general Díaz, lo había mandado macizar con escombros durante la noche y hecho subir á aquella torre improvisada, alguna de las piezas ligeras de que antes hablamos. Por este medio, las fuerzas sitiadoras se encontraron protegidas en su avance progresivo al interior de la plaza, y la guarnición de ella, vió nulificada la ventaja que le daba la principal de sus líneas de defensa; comprendiendo el peligro de que fuese cortada la extremidad de aquella línea que remataba en el convento del Carmen.

»La perspicacia y la actividad fabulosa del general en jefe, continuaron supliendo el número de las tropas y pertrechos. Presente en virtud de una casi ubicuidad, donde quiera hacía avanzar las operaciones por todos lados, escapando á veces por maravilla del fuego enemigo, con el sombrero y el vestido acribillado de balas, salvado por milagro en otras, de entre los tizones ardiendo y de entre las ruínas de un edificio desplomado: el general Díaz logró en la segunda quincena de Marzo, avanzar en los trabajos de sitio, lo que el ejército francés no pudo durante dos meses. Pero al aproximarse el mes de Abril una emergencia grave vino á hacer crítica en extremo la posición del ejército sitiador. Don Leonardo Márquez, salió de México, con fuerzas respetables, y con un gran tren de artillería, para salvar á la guarnición imperialista acorralada en Puebla. Este socorro había sido ofrecido diariamente al jefe de la plaza, y sólo así se explica la tenacidad de la resistencia.

»El 1.º de Abril, el ejército republicano se hallaba ante un enemigo seguro tras de sus fortificaciones, á la vez que envalentonado con la proximidad del auxilio, y otro enemigo á la espalda á distancia de muy pocas leguas.

»En circunstancias semejantes el jefe del ejército de Oriente, había tomado el partido de sostener el sitio de Oaxaca, con una corta fuerza y de volverse sobre el refuerzo que iba á socorrer la plaza sitiada desbaratándolo por medio de un golpe fulminante. Aquel partido no era practicable esta vez. El número y calidad de algunas de las fuerzas no se prestaban á

la división; pero lo más grave de todo era que el depósito de municiones del ejército no permitía sostener las operaciones del sitio y presentar á Márquez batalla, deteniéndole en alguna de las gargantas que dan entrada al valle de Puebla.

»En estas circunstancias, una persona que en el cuartel general se había inclinado siempre á la idea de levantar el sitio y mover el ejército de Oriente, hacia Querétaro, para vencer cuanto antes la resistencia que oponía esta última plaza, decía al que esto escribe en la mañana del 1.º de Abril, conversando ambos en el alféizar de una ventana, desde donde se dominaba el valle y la ciudad sitiada, algunas palabras que revelar la disposición moral en que se hallaban los espíritus: «Mis predicciones tocan á su realización; el avance de Márquez, prueba que nada tiene que temer del lado de Querétaro, á la vez que la República puede sufrir allí un rudo golpe. Mañana acaso tendremos que emprender la retirada hacia el rumbo de Oaxaca, con un ejército desmoralizado y perseguido por las fuerzas reunidas de Márquez y de Noriega.»

»Esta conversación, la interrumpieron los clarines y tambores de las reservas formadas al pie del Cerro de San Juan, haciendo los honores de costumbre al general en jefe, que después de recorrer las líneas, volvía al cuartel general con su Estado Mayor. Las miradas y los ademanes de todos, eran inquisitivas alrededor del general Díaz; todos procuraban hallar en su semblante y sus palabras la clave del enigma penoso que preocupaba los espíritus. ¿Se apelaría al recurso triste, pero prudente de la retirada? ¿Se ensayaría como en «La Carbonera,» uno de esos medios audaces cuyo éxito no se repite fácilmente?

»Esta era la alternativa en que fluctuaban los ánimos desasegados y perplejos. La idea de asaltar la plaza sin artillería, sin municiones y con tropa de cuya moral no se podía responder en aquellos momentos; esa idea que parecía rayar en los límites de la demencia, y que sólo vista con el prisma de genio podría perder su insensatez; esa idea decimos parecía eliminada de todas las conjeturas.

»El jefe del ejército sitiador se presentó en el cuartel general. La jovialidad característica de su semblante, no se había

alterado en lo más mínimo: él era el único cuyo entrecejo no presentaba los pliegues de la preocupación.

»Se sirvió el almuerzo y los comensales guardaban no ese silencio que caracteriza los primeros momentos de una comida, entre convidados de buen apetito: los bocados se llevaban con lentitud á la boca: era el silencio de la cavilación. Sólo el general en jefe, parecía comer con apetito y sonreía con su afabilidad habitual.

»Por fin, como si hubiera querido disipar las preocupaciones que adivinaba en torno suyo, dijo al que escribe estas líneas, que hacía los honores de la mesa: «Tengo presentimientos de que celebraremos el aniversario del 5 de Mayo, si no dentro de la capital de la República, al menos en sus inmediaciones.» Estas palabras dichas sin énfasis, sin ninguna segunda intención aparente, y desenvueltas en varias frases de las que se desprendía que en la mente del jefe sitiador, la proximidad de Márquez, á Puebla, no venía á eclipsar la buena estrella del ejército de Oriente, disiparon las sombras de todos los espíritus, y los concurrentes al almuerzo, se levantaron con el ánimo y el semblante más serenos.

»El general Díaz, se retiró tras esto á su recámara que era la misma que habitó durante el sitio del 63, el general Forey, y desde donde el jefe de los franceses dirigió todas las operaciones del gran sitio.

»Los jefes de la línea fueron llegando sucesivamente y la tarde se ocupó en un consejo secreto en cuanto á sus pormenores, pero transparentes por demás porque las apariencias todas permitían ya suponer que no se organizaba un movimiento retrógado, sino por el contrario, uno de esos arranques de audacia y de brío, que producen una influencia de entusiasmo eléctrico en los ejércitos.

»La serenidad y la fe del general en jefe, había cundido en todos sus subordinados: la admiración y la alegría, entre los ayudantes, los jefes de líneas y de cuerpos, convocados al cuartel general, eran un sentimiento presagio de sucesos faustos.

»En las primeras horas de la noche no era ya un misterio que estaba decidido el asalto. Sonaron las cuatro de la mañana: un lienzo empapado en espíritu de terebentina tendido

de un ángulo á otro de la casa que corona el Cerro de San Juan, ardió de improviso y como si hubiera sido un botafuego que obrara en toda la extensión de la línea, la artillería comenzó á jugar sobre la plaza prolongando sus disparos por cerca de una hora, y dejando apenas percibir las descargas de fusilería y los clamores de los combatientes por todos los lados de la ciudad.

»Una hora después se recibió en San Juan un parte del general en jefe, comunicando que la plaza estaba en su poder y dando las primeras instrucciones para organizar la situación.

»Ya que la luz del sol, alumbraba la escena penetré en el interior de la ciudad. La victoria había dejado en las calles su rastro de sangre y de muerte; una serie de cadáveres y de heridos marcaba el paso de los batallones. Trece columnas habían penetrado por distintos puntos. Los que lograron vencer primero la resistencia de la línea fortificada, tomaron por la espalda á los que todavía se defendían y decidieron el éxito de la lucha. Tras una hora escasa de combate, las columnas todas mermadas por la metralla y por la bayoneta, se reunieron en la Plaza de Armas de Puebla. El general Díaz, estaba en medio de ellas, reorganizándolas y haciendo conducir á aquel lugar toda la artillería abandonada por el enemigo.

»General, le dijo el que esto escribe, ¿de qué puedo servir en estos momentos?

»—Ayude usted á mi secretario, contestó el general: el orden debe ser la corona del triunfo.

»Entre los que acompañaban al general Díaz, y habían penetrado con él en la plaza, se encontraba la persona misma que había tenido conmigo la triste conversación que he referido, y tendiéndome una mano en ademán de felicitación, y señalando con la otra á Porfirio Díaz, me dijo en voz baja:

»—Este hombre es un genio.

»Y lo parecía en aquella escena: era no sólo el genio de la guerra y de la victoria, sino el genio del orden y de la paz. Aquellos torrentes de muerte, de cólera y de exterminio, que por trece puntos distintos se habían precipitado sobre la ciudad, arrollando toda resistencia, estaban inmóviles y su-

misos en la plaza central, ante el jefe del ejército: ni una violencia, ni un acto de rapacidad, ni un clamor siquiera de ira y de venganza. Sin la huella de sangre que habían dejado en las calles las columnas y los restos de éstas, formadas en la plaza, con el arma al brazo, hubieran parecido más bien la guarnición de una ciudad que se prepara á celebrar fiesta patriótica, por medio de un alarde militar.

»Al orden coronó el triunfo conforme al deseo del general en jefe: las ventanas y balcones, estaban llenos de señoras y de niños, que contemplaban aquella admirable alianza entre la paz y la guerra, presidida por un genio tutelar del orden y la moralidad.

»El día 2 de Abril de 1867, fué un gran día para México. Difícil hubiera sido imaginar un regreso más heroico de las tropas republicanas á la ciudad del valeroso Zaragoza, ni un más digno desquite del 17 de Mayo de 1863. Jamás el valor y la dignidad del carácter mejicano, se han elevado á tanta altura.

»No cabe en los estrechos límites de un artículo conmemorativo, el apreciar la trascendencia que tuvo el asalto de Puebla, en el desenlace final de la guerra, contra la Intervención monárquica. El noble interés del episodio heroico que tuvo lugar en la ciudad de Zaragoza, ha entrado por mucho en el propósito que abrigamos desde hace tiempo, de escribir la historia de la campaña de Oriente....»

.....

Digna diadema para tal victoria, fué el proceder del general Díaz, al posesionarse de Puebla: perdonó á sus prisioneros de Oaxaca y Puebla. «La nación, dijo el caudillo, ha juzgado á la causa del Imperio, pero no se hará justicia sino olvidando los extravíos de sus hijos: quedan ustedes en libertad. No he nacido para carcelero ni para verdugo.»

Hay episodios interesantísimos en aquel famoso sitio, entre otros el del circo Chiarini. Las llamas al envolver el edificio lo hicieron desplomarse con horrísono estruendo, sepul-

tando al general Díaz, entre los escombros. «¡El general!» exclaman todos «¡El general!» y la tropa loca por la desesperación llenaba el aire con gritos de dolor. Su valeroso, su amadísimo jefe iba á sucumbir entre las ruínas; en aquel instante, sereno, impassible aun cuando herido y medio abrasado, salió del incendio, reanimando el valor de la espantada tropa.

Después del brillante triunfo del 2 de Abril, se puso en marcha el general Díaz, el 5 del mismo mes para batir á Márquez, que acudía en auxilio de Puebla, batiéndolo y triunfando en la hacienda de San Lorenzo, abandonando el general imperialista gran número de soldados que cayeron prisioneros, artillería y bagajes, mientras que Márquez, con trescientos hombres, se refugiaba en la capital. (1)

Esta victoria, destruía los postreros elementos del lugar teniente del Imperio, y el 12 de Abril llegó el ejército republicano á Tacubaya estableciendo el cuartel general en Guadalupe Hidalgo, para emprender el sitio de México, extendiéndose aquél á los Estados de Hidalgo, México, Morelos, Puebla, Tlaxcala, La Cruz, Oaxaca, Chiapas y Tabasco.

En todas sus campañas se observan innovaciones originales; el general Díaz, en ellas no semejaba á nadie; invadía terrenos desconocidos y para el asedio de la capital, se encerró en un plan que según él, «economizaría la sangre del ejército que era oro puro y no debía gastarse inútilmente.»

Dos meses y días duró el sitio y el 21 de Junio de 1867 se rindió la capital, al mes y cuatro días de la toma de Querétaro. A su entrada, se alojó en modesto albergue, rechazando las ovaciones, pero preocupándose en proporcionar á los prisioneros cómoda instalación.

Aquel día glorioso, mandó el vencedor repartir carne y pan al pueblo hambriento y durante quince días no se abonó por el transporte de comestibles en los ferrocarriles, la cantidad más pequeña.

(1) En 1907 vivía el general Marquez en la Habana, en el hotel Florida, solo, retraído y muy anciano, rehuendo toda conversación relacionada con la intervención ó con el imperio de Maximiliano. La autora de este libro intentó en vano vencer su reserva y evocar recuerdos de su participación en aquellos tristes sucesos.

Los imperialistas no gimieron en tristes calabozos, y la generosidad estuvo á la par con el valor del héroe y con su grande obra de pacificación. Allí estaba el hombre político y el que todo lo abarcó en aquella legal administración, donde rebosaba la más estricta moralidad y economía.

El sol esplendoroso de la segunda Independencia iluminaba el porvenir de México. Investido con amplias facultades fué tan noble en la paz como en los combates; se elevó su caballerosidad hasta captarse la admiración de conciudadanos y extranjeros.

Al renunciar su alto puesto el 13 de Julio de 1867 dejó en la caja de la Comisaría General del Ejército, ciento cuatro mil pesos, y doscientos mil, del comercio de Veracruz.

Preparábase el presidente Juárez á instalar su gobierno en México, una vez rendida la penosa jornada y el general Díaz, se esmeró en solemnizar con grandes festejos la llegada del insigne patricio, acogido con grandes demostraciones de alborozo, con ese entusiasmo que inspiraba el salvador de la tierra patria, el iniciador de las grandes reformas.

El general Díaz, depuso gustoso el mando é hizo entrega de él al oaxaqueño inmortal: una vez cumplido aquel sagrado deber el caudillo, se aisló en su hacienda de «La Noria,» entregándose al sosiego de la vida doméstica de tan largo tiempo abandonado.

El ciudadano y el guerrero, se consagró á las intimidades de la amistad, alejado de la política y de los campos de batalla, con la entera tranquilidad del hombre justo, que ha llenado su misión y está dispuesto siempre á sacrificarse en aras de su abnegación patriótica.